LAUREANO FIGUEROLA I BALLESTER, MORALISTA Y REFORMADOR

Palabras del Excmo. Sr. D. Antón Costas*

Quisiera, en primer lugar, agradecer la invitación del presidente de esta Real Academia, el profesor Enrique Fuentes Quintana, a participar en esta sesión, acompañando a dos respetados profesores e ilustres miembros de esta Academia, como son el profesor Juan Velarde y mi maestro, el profesor Fabián Estapé. Fue él quien me orientó al estudio de la vida, pensamiento y obra político-económica de Laureano Figuerola i Ballester, personaje que, cuando inicié mi investigación, hace ya más de dos décadas, permanecía bajo el manto del olvido, tanto en España como en su tierra natal, Cataluña. En el primer caso, por su condición de liberal radical; en el segundo, porque su defensa del librecambismo y su escasa proclividad hacia planteamientos políticos regionalistas provocó su olvido interesado y sistemático.

Quiero también aprovechar la ocasión para recordar a una persona estimada por todos nosotros, y que hoy estaría aquí si el fascismo y la intolerancia no le hubiese segado la vida hace estos días un año: el profesor Ernest Lluch. Él fue mi tutor y fuente de estímulo permanente en la orientación de la investigación y en

---

* Catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona.

Intervención en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el día 17 de noviembre de 2001, con ocasión del homenaje a Laureano Figuerola i Ballester en el año de la desaparición de la peseta.

la búsqueda de papeles y archivos que nos permitiesen recuperar la memoria de un personaje por muchas razones singular.

La singularidad de Laureano Figuerola i Ballester deviene, en primer lugar, del hecho de representar una forma de enfocar la modernización económica, social y política de España que pugnó por introducirse desde los albores de la industrialización y el liberalismo, pero que ha tenido que esperar un siglo para encontrar su encaje armónico en nuestra vida política y económica. En segundo lugar, el personaje y su pensamiento fueron vistos durante mucho tiempo en su propia tierra como una anomalía, frente a una visión que hacía aparecer Cataluña como un país homogéneo en su defensa del proteccionismo económico y de los planteamientos políticos regionalistas o nacionalistas. Se trataba, por tanto, de recuperar la memoria de un personaje y de un enfoque de los problemas españoles distinto al que luego dominó la historia de España durante casi un siglo. Y, a la vez, poner de manifiesto que, en el orden del pensamiento y de los planteamientos político-económicos, Cataluña produce de todo, y que el proteccionismo no fue en aquella tierra como la caña de azúcar en Cuba, que surge sin necesidad de plantarla.

El olvido sistemático al que fue sometida la memoria de Laureano Figuerola ha permanecido hasta tiempos recientes. Baste un ejemplo. Cuando, para recordar el centenario de la instauración de la peseta como unidad del sistema monetario español, se decidió editar en 1968 la *Estadística de Barcelona en 1849,* el libro tuvo que publicarse sin ningún prólogo que aclarase quién era su autor y el motivo de su reedición. La razón fue que cuando el prólogo fue leído por el ministro de Comercio de la época, exclamó: «vaya masonazo que era este Figuerola».

La desaparición de la peseta representa una ocasión propicia para la recuperación de esa memoria perdida. No dejan tener un cierto simbolismo algunas circunstancias que rodean esta desaparición. En primer lugar, la peseta ha logrado, 134 años después de su creación, uno de los objetivos por los que fue elegida por Figuerola como unidad monetaria: su incorporación al sistema monetario europeo, en aquel momento representado por la Unión Monetaria Latina. En segundo lugar, la peseta morirá un 28 de febrero, exactamente noventa y nueve años después que otro 28 de febrero, pero de 1903, hubiese muerto su creador.

* * *

En mi intervención voy a abordar tres aspectos relacionados respectivamente con la personalidad, la trayectoria vital y el pensamiento de Laureano Figuerola, que nos pueden ayudar a una mejor comprensión del personaje, del enfoque

que dio a los problemas españoles y de su política de reformas. En primer lugar, señalaré su personalidad moralista y reformadora. En segundo lugar, analizaré las causas de su traslado y residencia en Madrid, aspecto aún hoy sometido a controversia. En tercer lugar, pondré de manifiesto como la imagen que de él se creó, como «hombre-teoría dándose de bruces valerosamente con los hechos», por su defensa radical del liberalismo individualista, no se correspondía con su verdadero pensamiento, en el que la libertad tenía un doble contenido, sustantivo e instrumental.

MORALISTA Y REFORMADOR

Con ocasión de la muerte de Laureano Figuerola, un periódico de la época, mencionado por Gumersindo de Azcárate en su *Necrológica,* se preguntaba: «¿Fue un hacendista? ¿Fue un reformador? ¿Fue un hombre de Estado? La historia lo dirá; lo que sí puede asegurarse sin vacilar es que fue un carácter, un carácter enérgico, íntegro, en la acepción del vocablo». Este carácter enérgico, vigoroso e indomable, así como su voluntad de hierro, son los rasgos que con rara unanimidad mencionan tantos amigos como críticos y que mejor definen la personalidad de Figuerola. El propio Azcárate señala que «por el vigor de su espíritu, la energía de su carácter, lo inflexible de su conducta, lo férreo de su voluntad, me hacía el efecto del hombre de una sola pieza, el hombre de la línea recta. Mostrábase siempre el vigor y la energía de su espíritu en el pensar, en el querer, en el sentir. En el pensar, porque lo característico de D. Laureano era la fuerza del razonamiento, la lógica inflexible con la que discurría. No era erudito; era un pensador...».

Otros testimonios apuntan en el mismo sentido. Así, uno de sus alumnos en la Universidad de Barcelona, Joaquín María Sanromá señala en sus *Memorias* que «siempre había en él algo de nuevo, algo que no se había dicho ni escrito, algo en que se destacaba su personalidad vigorosa... Figuerola es de los pocos hombres que han hecho discípulos en España». Por su lado, *La Vanguardia,* en un perfil necrológico publicado a los pocos días de su muerte, señalaba la «entereza verdaderamente catalana con que mantuvo sus ideas..., que tanto beneficiaron a Barcelona». También Armando Palacio Valdés y Francisco Cañamaque, más críticos con su pensamiento y obra, resaltan ese aspecto de personalidad vigorosa. En definitiva, el perfil que todos dibujan de Figuerola es el de una persona íntegra, con carácter enérgico y voluntad de hierro.

Este carácter fuerte le llevó a chocar prácticamente contra todos los estamentos de la sociedad que le tocó vivir y contra los privilegios de todo tipo que

obstaculizaban la modernización del país: con los empresarios proteccionistas, con los obreros antimaquinistas, con las autoridades académicas conservadoras, con sus adversarios políticos y con sus propios correligionarios, con la iglesia, con la monarquía. Una lucha por la modernización que no abandonó hasta el final de sus días. Surge entonces una pregunta: ¿de dónde extrajo Figuerola esas energías para mantener sin desánimo su lucha a favor de la libertad en todas sus manifestaciones? ¿Cuál fue la fuente de su energía? La respuesta a esta cuestión nos obliga a bucear en el ambiente familiar en el que nació y creció, así como en los rasgos de su personalidad.

Antón María Laureano Ramón Figuerola i Ballester nació el 4 de julio de 1816 en Calaf, pequeña villa liberal del Norte de la provincia de Barcelona que sufrió el asedio de los carlistas, en el seno de una familia de comerciantes vinculados a la famosa Casa de Calaf, dedicada al comercio de exportación hacia Europa y América de los productos agrarios y artesanales de las comarcas del interior de Cataluña. Su padre, Pere Figuerola Bosch, fue un personaje importante en los medios políticos y comerciales de Barcelona. Había sido discípulo de Normante y Carcavilla en su cátedra de Economía Política en Zaragoza. Políticamente, se movió dentro del círculo liberal que encabezaba Guillem de Oliver en Barcelona. Entre otras actividades, fue letrado de la Junta de Comercio de Barcelona y tuvo un papel destacado en todos los movimientos liberales de esa ciudad, tanto contra el régimen absolutista como con ocasión del bombardeo de Barcelona por las tropas del general Antonio Van Halen, durante el regencia de Baldomero Espartero. En este ambiente político liberal creció Laureano Figuerola, que aparece ya a edad muy temprana inscrito en las milicias liberales.

Pero en la forja del carácter del joven Figuerola algunos rasgos físicos y de su personalidad fueron tan importantes o más que este ambiente familiar y político. De físico menudo y enjuto, algunos documentos nos hacen entrever una salud débil que posiblemente le obligó a períodos de reposo y convalecencia. La soledad que suele acompañar a estas circunstancias es propicia a la lectura, así como a la forja de un espíritu de superación, una voluntad fuerte y una personalidad reflexiva. Quizá esto explique la impresión, que algunos contemporáneos han señalado, de tener demasiada energía para un físico tan menudo y débil. Testimonios de amigos señalan que en los últimos años, prácticamente ciego y con problemas de oído, sólo esa energía mantenía un cuerpo que ya le había abandonado.

Al lado de estos rasgos físicos hay que poner los propios de una personalidad animada por un fuerte sentido moral. Quizá donde mejor se refleja este sentido de fuerte responsabilidad moral es en su admiración por la figura y la obra de Richard Cobden. En una intervención en esta Academia, presentó un trabajo titula-

do precisamente *Cobden moralista,* donde glosa la vida de este moralista y reformador inglés en unos términos en los que no es difícil ver retratado al mismo Figuerola. En ese texto señala que «lo que admiro en Cobden es la belleza de su acción al sacrificar su tiempo, su fortuna, su inteligencia, su salud al servicio de una idea tan sencilla como olvidada, cual la que expresa nuestra frase familiar "el hambre es mal consejero"», refiriéndose a la lucha de Cobden a favor de la libertad del comercio de granos y de otras libertades que permitían a los trabajadores mejorar su calidad de vida. De hecho, sus vidas y motivaciones guardan un cierto paralelismo. Cobden fue un defensor entusiasta de la introducción de la nueva máquina de vapor de Watt en Manchester. Fue también un activista enérgico en la lucha por el reconocimiento de los derechos municipales y por la emancipación de los ciudadanos de Manchester de los lazos de servidumbre y vasallaje propios de la época feudal. Desarrolló una intensa labor dirigida a mejorar la higiene, la salubridad y la educación de las clases trabajadoras. Recibió el reconocimiento por este activismo siendo nombrado alcalde de la ciudad. Pero renunció para trasladarse a Londres y organizar una Liga Nacional a favor de la supresión de la legislación de cereales, que encarecía el sustento de las clases pobres y trabajadoras, cosa que logró siendo representante en el Parlamento. Finalmente, comprometiendo fortuna y salud, se lanzó a la escena internacional predicando a favor de la libertad de comercio entre las naciones como instrumento para el bienestar y la paz mundial.

De la misma forma, Laureano Figuerola fue un ferviente activista a favor de las nuevas máquinas y su aplicación a la industria catalana y española. Como concejal del Ayuntamiento de Barcelona, fue el autor de las primeras ordenanzas de higiene y salubridad pública de la ciudad. Se volcó en la reorganización de la enseñanza primaria y secundaria, llegando a ser inspector de enseñanza de la provincia de Barcelona. Comprometió su propia fortuna en la instalación de la primera Escuela de Magisterio, de la que fue también su primer director. Su obra reformadora pedagógica fue muy importante. Algunas de sus publicaciones en este campo —como el *Manual completo de Enseñanza simultánea, mutua y mixta* o el *Manual de Gramática Española*— fueron textos usados durante décadas en la enseñanza secundaria en España. Isidré Vilaró, pedagogo catalán contemporáneo, afirmaba en 1893 que Figuerola «es más importante por su obra pedagógica que por la económica y política, por mucho que sean éstas las que le han hecho más conocido». Dejó la enseñanza primaria para dedicarse a la Universidad y a la defensa de la libertad y la reforma liberal de las leyes de industria, agricultura y comercio. Se trasladó a Madrid y, como diputado a Cortes por la provincia de Barcelona, fue un defensor entusiasta e incansable de esas reformas, hasta que en 1868, como ministro de Hacienda del Sexenio Liberal, consiguió introducir muchas de ellas. Retirado de la política activa, continuó todo el resto de su vida, desde plataformas

como esta Academia o la presidencia de la Institución Libre de Enseñanza, defendiendo las bondades de la libertad para el progreso y la paz entre las naciones.

Más que un político o un economista, mi impresión es que Laureano Figuerola fue un moralista animado por un fuerte impulso reformador. Impulso que aplicó a todos los terrenos en los que se movió a lo largo de toda su vida. Sus intervenciones en esta Academia de Ciencias Morales y Políticas dan fe de ese componente moral y reformador.

Este componente moral de su personalidad permite explicar aspectos importantes de su trayectoria política y de la estrategia de cambio que defendió para sus reformas. Los modelos de conducta racional utilizados por los científicos sociales para explicar la formación de políticas no captan bien las motivaciones e incentivos que separan a los diferentes actores que intervienen en el debate e implementación de las reformas: el reformador, el reformista, el político y el funcionario. Pero son arquetipos diferentes de personalidad, movidos por intereses e incentivos distintos. Mientras el reformista acostumbra a ser un defensor de las reformas, pero que no acostumbra a implicarse en su puesta en práctica, el reformador no sólo defiende la necesidad de las reformas, sino que, por un lado, se implica en la formación de corrientes de opinión favorables y, por otro, acostumbra a bajar a la arena política para comprometerse en su puesta en práctica. Esto hace a los reformadores ser más sensibles a los condicionamientos y requerimientos institucionales de las reformas. De ahí que exista una diferencia importante entre reformistas y reformadores en cuanto a la estrategia de las reformas. Mientras las reformistas acostumbran a defender estrategias de cambio radical —o de choque—, los reformadores acostumbran a ser partidarios del cambio adaptativo o gradualista. Esta fue una importante diferencia que separó las estrategias de cambio de los reformistas ilustrados del XVIII y comienzos del XIX de la de los reformistas liberales del XIX. Los primeros se movían en un contexto político absolutista poco propicio a la consideración de los elementos institucionales, que de ser considerados llevarían a poner en cuestión el propio marco político-institucional de la monarquía. Los segundos se movían en un sistema político donde era necesario y posible tomar en consideración el cambio institucional y las dificultades y resistencias que eso provocaba.

De la misma forma, existe una diferencia importante entre las motivaciones del reformador y las del político. El político acostumbra a actuar movido por un cálculo racional orientado a la permanencia en el poder. Por el contrario, las motivaciones de la conducta del reformador son de naturaleza más endógena, relacionadas con lo que considera que es su responsabilidad moral frente a la socie-

dad. Las reformas tienen naturaleza de bienes públicos, cuyos beneficios pueden diferirse en el tiempo. Los políticos apoyarán las reformas cuando tengan una expectativa de recompensa a corto plazo en forma de apoyo a su permanencia o acceso al poder. Por el contrario, los reformadores, movidos por su espíritu moralizador, defenderán las reformas aun en aquellos casos en los que no cabe expectativa de recompensa política o personal. A corto plazo, por lo general, el salto del reformador a la arena política suele coincidir con circunstancias que son favorables para la introducción de reformas. Cuando esas circunstancias se agotan, los reformadores acostumbran a abandonar el poder. De ahí que el reformador acostumbre a ser un personaje de vida política efímera. La vida política de Laureano Figuerola respondió, en mi opinión, a este patrón de reformador con vida política corta.

SU IDA A MADRID: ¿MARCHA FORZADA O BUSCADA?

La marcha de Laureano Figuerola de Barcelona a Madrid en el año 1853 plantea un interrogante: ¿se fue buscando un entorno menos hostil que el de Barcelona, o buscando un medio ambiente cultural, social y político que le hiciese posible influir en la formación de élites y disponer de una plataforma política favorable a las reformas que defendía? Tradicionalmente, se ha entendido que la causa de su traslado fue la primera. Mi impresión, sin embargo, es que Figuerola se fue buscando los instrumentos culturales y políticos adecuados para llevar adelante sus ideales reformistas liberales.

Sin duda, el ambiente de Barcelona le fue hostil. Desde los años de su vuelta a Barcelona, después de una estancia en Madrid entre los años 1839 y 1841 becado por la Diputación de Barcelona para estudiar en la nueva Escuela Normal de Madrid con el pedagogo Montesinos —estancia que aprovechó para estudiar Economía Política con el proteccionista moderado Eusebio María del Valle y doctorarse en Derecho Administrativo en la Universidad Central—, Figuerola irá chocando sucesivamente con los estamentos sociales, políticos, económicos y culturales locales. A la burguesía y a los patricios de Barcelona les acusó de perseguir intereses gallináceos, que les llevaban a estar en desacuerdo con el régimen absolutista, pero les hacían incapaces de apoyar el régimen liberal. A los empresarios prohibicionistas les acusó de impedir el progreso, por su defensa a ultranza de la protección. Por el contrario, fue el único que apoyó a los industriales innovadores y denunció a las incipientes asociaciones obreras de impedir el progreso industrial y económico al dedicarse a la práctica *luddista* de quemar las nuevas máquinas de hilar automáticas. Esto le granjeó la *enemiga* permanente de los trabajadores. Ata-

có igualmente a las autoridades políticas y militares barcelonesas y al gobierno progresista de Espartero por ceder a esas presiones obreras y prohibir la introducción de las nuevas máquinas y la retirada de las existentes. Se enfrentó con el medio ambiente universitario y cultural barcelonés al explicar en sus clases las *Armonias* de Bastiat y defender el librecambismo. Cuenta Carrera Pujal que algún alumno le llegó a lanzar tomates durante sus clases. Se trataba de Puig i Llagostera, más tarde fabricante textil proteccionista, con quien se volvería a enfrentar años después siendo ambos diputados al Congreso.

Este ambiente hostil no le intimidó. Le hizo, eso sí, ser prudente en la exposición pública de sus ideas y convicciones. Los dos hechos que le llevaron finalmente a abandonar esa prudencia y a su aparición pública defendiendo el librecambismo tuvieron lugar a principios de los años cincuenta. Uno fue su visita a la primera Exposición Universal de Londres en 1851. El otro, una polémica sostenida con el industrial Juan Güell i Ferrer meses después en las páginas del *Diario de Barcelona.*

En mayo de 1851 Figuerola viajó a Londres como miembro de la Comisión oficial española en la *I Gran Exposición Universal de los trabajos de la industria de todos los países* que tuvo lugar en el Crystal Palace, construido al efecto en Londres. Esta exposición tuvo en toda Europa un fuerte impacto en la creación de un clima de euforia, de fe, en la industrialización y en el libre comercio. Constituyó algo así como la encarnación material de la idea de progreso asociada a las nuevas máquinas y al comercio. La visión de los avances de la industria reafirmó a Figuerola en su convicción de que el prohibicionismo y el elevado proteccionismo del arancel español estaban impidiendo el progreso en España. A su vuelta, escribió un *Informe* en el que se mostraba muy crítico con la escasa participación de los industriales catalanes y defendía la necesidad de reformar el arancel para permitir la introducción de las nuevas máquinas y fomentar la competitividad de la industria nacional.

Este *Informe* le valió las primeras acusaciones de defender «intereses foráneos» y de «vende patrias», lanzadas por los prohibicionistas. Aún así, en un primer momento, siguió siendo discreto en la defensa pública de sus ideas, «persuadido de que ninguna redacción de periódico barcelonés estaba dispuesta a asumir el compromiso no ya de apoyar, sino de servir de instrumento a la defensa de las ideas librecambistas». Pero romperá esta discreción pocos meses más tarde, en octubre de 1852, cuando Juan Güell i Ferrer le llama, desde las páginas del *Diario de Barcelona,* a debatir sobre sus ideas librecambistas. Es en este momento cuando Figuerola hará fe pública de sus ideas librecambistas. En su respuesta afirma que «para

este nuevo y más general combate (previamente habían discutido sobre el contrabando y sus causas) creo conveniente valerme de un medio de publicidad que hasta ahora no había intentado. La prensa madrileña (...). Útil será para apresurar la caída del sistema de Vd. que sepa el pública de toda España que hay librecambistas en Cataluña que habían tenido la paciencia de callar hasta ahora, y que en el castillo más fuerte de la prohibición, Barcelona, ondea al viento la bandera del librecambio». Estamos ante su declaración de guerra al prohibicionismo, que él mismo había defendido en su juventud, siendo alumno en las clases que impartía el prohibicionista Eudaldo de Jaumeandreu en las aulas de la Junta de Comercio de Barcelona.

La coincidencia en el tiempo de su marcha a Madrid en 1853 con este enfrentamiento público con los prohibicionistas de Barcelona, y su intención de recurrir a la prensa madrileña, parecen apoyar la hipótesis de una marcha forzada. Pero hay un hecho que la desmiente. Figuerola intentó ya desde los inicios de su carrera como catedrático de Derecho Público y Economía Política su traslado a Madrid. Cuando en abril de 1847, después de la aprobación de la Ley Pidal que organizó la enseñanza universitaria, se convocan las primeras cátedras de Economía y Derecho Público, Figuerola se presenta y obtiene la plaza de Barcelona, a la vez que Manuel Colmeiro la de Santiago de Compostela. Unos meses más tarde, en junio de ese mismo año, se convocó la plaza de Derecho Público y Administrativo de la Universidad Complutense. Figuerola se presentó y sacó el número uno de la terna que el tribunal presentó a la Reina Isabel II. Pero ésta, acogiéndose al real «privilegio de vacilación», rechazó a Figuerola y eligió a Manuel Colmeiro, segundo de la terna. De no ser por esta decisión de Isabel II, Laureano Figuerola se habría trasladado a Madrid ya en 1847.

La ida a Madrid de Figuerola tuvo, a mi juicio, como motivación básica la búsqueda de plataformas idóneas para influir en la formación de élites y de corrientes de opinión favorables a su ideario liberal y librecambista. Y lo conseguirá desarrollando una amplia actividad pedagógica, intelectual y política a lo largo de los años cincuenta y sesenta, desde su cátedra madrileña, foros como el Ateneo y el Círculo Mercantil e Industrial, su escaño como diputado progresista por Barcelona, obtenido en las elecciones del Bienio Progresista en 1854, su participación en comisiones parlamentarias, su pertenencia a la de la Junta de Aranceles y a la Comisión para la Reforma Monetaria, así como desde instituciones como esta Academia. Ejerció además un fuerte liderazgo en la creación y actividad de dos plataformas fundamentales de la corriente librecambista, como fueron la Asociación para la Reforma de los Aranceles y la Sociedad Libre de Economía Política. Este protagonismo le hizo ser el jefe de filas indiscutible de la llamada *escuela economista,* una *task-*

force del movimiento a favor de la reforma económica liberal en España. Cuando, en septiembre de 1868, tiene lugar la Gloriosa revolución liberal, nadie dudaba de que el hombre que tenía que encargarse de la Economía y la Hacienda del nuevo régimen liberal era Laureano Figuerola.

EL CONTENIDO SUSTANTIVO E INSTRUMENTAL DE SU LIBERALISMO INDIVIDUALISTA

A lo largo de su dilatada y densa vida, Laureano Figuerola se manifestó siempre como un individualista defensor radical de la libertad. Como señaló Gumersindo de Azcárate, «vivió y murió creyendo que la libertad debe ser la única señora del mundo y de la vida». Su defensa radical del liberalismo individualista se apoyaba en la idea de que los derechos individuales tienen sustantividad propia y son deseables por sí mismos, independientemente de sus efectos. En este sentido, si bien coincidía con los progresistas en que la soberanía nacional era fuente de poder, sostuvo que no lo era de derecho, en la medida en que defendía la sustantividad de los derechos individuales, aspecto éste que lo separó de la corriente principal del partido progresista, al que pertenecía.

Esta defensa del contenido sustantivo de la libertad le dio una imagen de doctrinario y utópico; de «hombre-teoría dándose valerosamente de bruces con la realidad». Sin embargo, su defensa de la libertad estaba apoyada también en una visión instrumental de la libertad como medio para fomentar el progreso material y la mejora de las condiciones de vida de los individuos.

Gran parte de la obra escrita de Figuerola está dedicada a investigar las consecuencias prácticas de la libertad. Su pensamiento y sus posiciones a favor del liberalismo económico no estuvieron basados sólo en el estudio de la teoría. Como él mismo señaló, «antes de formular mi opinión librecambista he procurado estudiar la cuestión teórica y prácticamente. He querido pensar por mí mismo; no fiarme de la rutina del pensar de muchos que, por oír siempre repetir una cosa, han creído que era un artículo de fe la creencia en la prohibición. La opinión de una gran multitud de personas es siempre digna de respeto y, lo confieso, sospeché de mí mismo cuando me atrevía a romper de frente con ellas. Reiteré mis observaciones...». El resultado de ese esfuerzo para pensar por sí mismo y de observar en la práctica las consecuencias de la libertad fue una obra que aún hoy es digna de ser ensalzada por su enfoque, rigor metodológico y resultados. Se trata de la *Estadística de Barcelona en 1849,* trabajo pionero en España en la utilización de las técnicas estadísticas que estaba desarrollando Quetelet para estudiar las consecuencias

sociales, demográficas, sanitarias, urbanísticas y económicas del liberalismo y de la industrialización incipiente. No fue ésta, sin embargo, la única investigación empírica de Figuerola dirigida a comprobar las consecuencias prácticas de la libertad económica. Hizo lo mismo en *La reforma arancelaria de 1869.* Elaborada y escrita diez años más tarde que la reforma arancelaria que lleva su nombre, constituye otro ejemplo de ese esfuerzo para comprobar los efectos de la libertad de comercio. De la misma forma, en su escrito *Una propuesta de Mr. Vallant,* leído en una sesión de esta Academia, analiza también los efectos que la libertad de iniciativa individual en el abastecimiento a las grandes ciudades como Londres y París habían tenido en precio y disponibilidad de bienes por los consumidores.

Nada más lejos, por lo tanto, de ese perfil de liberal individualista doctrinario y utópico, sólo preocupado por defender el contenido sustantivo de la libertad, al margen de cuáles fueren sus consecuencias sobre el progreso material, social y político. Se podría decir, en este sentido, que Laureano Figuerola fue un utilitarista, preocupado también por las consecuencias de la libertad sobre las condiciones de vida y las capacidades de las personas.

* * *

Creo que estas tres pinceladas sobre otros tantos aspectos de la personalidad, vida y pensamiento de Laureano Figuerola pueden contribuir a perfilar una imagen más fiel de un hombre que encarnó como ningún otro una aproximación liberal a los problemas de la España del siglo XIX, y que contribuyó en gran medida a hacerla caminar por la senda de la modernización industrial, económica, social y política. El centenario de su muerte, que se celebrará el año 2003, es una buena oportunidad para continuar esta labor de recuperación de su memoria.